

La moralidad artística ²³ por Miguel de Unamuno



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

(Para LA NACION)
SALAMANCA, julio de 1923.

ES triste cosa tener que volver de vez en cuando y con más frecuencia que sería de desear a ciertos principios de sana crítica que deben parecer de buen sentido, aunque acaso no sean de sentido común, al que le falta mucho para ser bueno. Es triste cosa tener que establecer a cada paso la dignidad y la independencia de la literatura y tener que defenderla de los ataques de la sociología, de la pedagogía y sobre todo de la patología literaria que no pasa de ser literatura patológica. Porque la verdadera literatura patológica, insana y enferma, es la de aquellos que andan investigando la patología de los literatos. De los literatos y no de las obras literarias. Porque un enfermo puede escribir obras sanísimas—en el sentido literario y estético claro!—y un hombre muy sano obras enfermas.

Esto viene a propósito del ensayo "Edgardo Poe: una rehabilitación científica", que Ernesto Montenegro publicó en estas mismas columnas—en el número del 3 de junio—revisando, con muy buen juicio, el libro de John W. Robertson "Edgard Poe, a psychopathic Study", libro que no conocemos sino por esa revista.

Es la vieja cuestión, la que últimamente plantearon Lombroso en su libro "El hombre de genio" y Max Nórdau en "Degeneración". Superior, en su género—un género inferior y patológico—el de Lombroso. Como se ha dicho muchas veces, el investigar de qué dolencias físicas adolecía un gran poeta o novelista es como juzgar de los descubrimientos de un hombre de ciencia por si éste sufría del hígado o del bazo. Y si al sentido común le parece que una obra artística es menos objetiva que un descubrimiento científico—allá se las haya el sentido común con su incu-

rable ceguera y sordera estéticas.

En el ensayo de Montenegro vemos citada una manifestación del mismo Poe que nos parece capital y es aquella en que dice: "Perdí la razón entre largos períodos de horrible lucidez. Durante esos ataques de absoluta inconsciencia es cuando bebí. Sólo Dios sabe cuánto y por cuánto tiempo. Por supuesto que mis enemigos atribuyen la perturbación mental a la bebida, en vez de ver en aquella la causa de ésta". Lo que tal vez ocurre en los más de los casos y es que el alcoholismo es efecto, más que causa, de una perturbación, degeneración o trastornos previos.

Es de elogiar el trabajo a que se ha consagrado Mr. Robertson y la nota que sobre él ha escrito Montenegro; pero, en todo caso, la crítica literaria, y la estética, más que con hombres tienen que ver con obras. La biografía del autor antes estorba que ayuda a la mejor comprensión estética de sus producciones. El no saber nada de Homero, ni siquiera si fué uno solo, nos permite ver con ojos más limpios la Iliada y la Odisea. Así como el conocer las dolencias del pobre Poe, víctima de una sociedad infestada del más degenerado sentido común, de un "common sense" provincial y colonial, ha impedido a muchos ver la excelsa sanidad estética, la lucidez lógica de sus producciones. Y acaso el pobre Poe bebía para no sucumbir al tosco sentido común de sus conciudadanos. Aunque con-ciudadanos... no! La ciudad de Poe, su ciudad ideal, no era, no podía ser la de aquellos puritanos democráticos y coloniales, cuyo sentido común podía, sí, exaltarse, pero era para el trascendentalismo de Emerson, a quien no se le podía tomar por loco.

¿Qué dirían todos esos señores patólogos—preferimos llamarlos así y no médicos, que es cosa por más artística, más noble—que se meten a juz-





gar de una obra de arte por las enfermedades de su autor si un artista juzgara sus obras de patología—y patológicas a la vez—por su enfermedad literaria, por su perverso estilo, por su falta de gusto? Y el retruque sería muy justo.

Es este un pleito ya antiguo, pero que se vuelve a plantear de nuevo a cada caso. Y hay que observar la diabólica satisfacción que experimentan los esclavos del sentido común, los incapaces de ningún sentido propio, cada vez que creen que se les ha demostrado que un genio era un loco o un degenerado. Se tocan entonces a la propia cabeza—es decir, propia no! a la parte de cabeza común que les ha tocado en sorteo—y exclaman: "gracias a Dios que no tengo nada de genio!" Aunque por dentro les quede otra. Declamos su "diabólica satisfacción". Diabólica, sí, pero de pobres diablos.

Debería estar prohibido escudriñar en la vida privada de los artistas de cualquier clase que sean. ¿Qué importa como vivan en su casa? Un artista se explica por su obra y no su obra por él. Y hasta si gustamos leer su correspondencia o un diario íntimo es por ser obra y obra literaria suya. Los grandes escritores no tienen correspondencia privada. Siempre tienen presente al público. A lo que recordamos la frase que se atribuye a un gran actor español que habiendo oído que se encomiaba a un compañero suyo diciendo que se movía en escena como en su propia casa contestó: "mal actor! el buen actor es el que se produce en su casa y en la calle como en la escena". Y al actor hay que juzgarle como actor. Y al poeta como poeta. Y el que padecía de una grave, de una gravísima enfermedad moral era Griswold, el detractor de Poe. Padecía de esa forma de envidia propia de los que sólo disponen del sentido común, de los que carecen de sentido propio y ni son capaces de apropiarse aquél.

Y la envidia es la pasión demagógica por excelencia.

¿Apropiarse el sentido común? Sí; hay un número de principios que nos son comunes a todos, la mayor parte de los que rigen nuestra vida, pero el hombre normalmente infeliz se los apropia, se los hace propios, reflexionando: ¿Cuántos de los que creen, por autoridad, y no más que por ella, que la Tierra gira en derredor del Sol serían capaces de dar la prueba de ello? Lo creen por fe implícita, por fe de carbonero. Y del mismo modo creen principios evidentemente falsos.

El caso de Poe es un caso típico. Un caso típico de leyenda. El rebaño mental, que no soporta excelencia ni superioridad ni exquisitez alguna, fragua una leyenda en derredor de aquellos que no se le rinden, que no buscan la popularidad fácil. Y las leyendas son terribles!

Ernesto Montenegro hablaba del "juicio tan lúcido" y de la "imaginación tan disciplinada y de moralidad artística tan alta" de Poe. Y así es. La expresión "moralidad artística" viene muy a punto. Y la moralidad es sanidad.

Y aun hay más y es que en cuanto un ingenio a la medida y gusto del rebaño sentido-comunero—o sentido comunista—produce obras sin sanidad artística, vulgares o ramplonas, a poco que se le someta a examen se descubrirá que es víctima de las malas pasiones del rebaño. Hay que creer muy poco en la buena intención de las medianías. Y en cuanto a los tontos, a los francamente tontos, sabido es que no son buenos. La tontería es una enfermedad moral. El tonto es tonto porque no es bueno. El bueno de corta inteligencia no llega a tonto. Se queda en discreto.

